

Lorenzo no se hizo aguardar mucho. En cuanto creyó ser la hora en que podía sin indiscreción presentarse al cura, pasó á verle con el anhelo de un jóven de veintidos años que debe en aquel día casarse con una persona á quien ama. Huérfano Lorenzo desde su niñez, ejercía la profesion de hilandero de seda, profesion casi hereditaria en su familia, muy lucrosa en tiempos anteriores, y que si bien algo decaida en aquella época, no lo estaba tanto que un oficial hábil no pudiese vivir cómodamente con ella. El trabajo iba de día en día disminuyendo; pero la continua emigracion de los artesanos, atraídos á los países limítrofes con promesas, privilegios, y jornales crecidos, era causa de que no les faltase á los que permanecían en el país. Además tenía Lorenzo un poco de tierra, que hacía labrar, y labraba él mismo cuando le faltaba el hilado de la seda; por manera que en su clase podía llamarse acomodado. Y aunque aquel año era más escaso que los anteriores, y se empezaba á experimentar una verdadera carestía, como desde que él puso los ojos en su amada arrendó una pequeña hacienda, con ella y sus ahorros no tenía que temer que le faltase pan. Presentóse, pues, á D. Abundo en gran gala con plumas de varios colores en el sombrero, un puñal de curiosa empuñadura en el bolsillo lateral de los calzones, y aire alegre y de guapeton; muy comun entónces hasta en las personas más pacíficas. La acogida sería y misteriosa de D. Abundo formaba una contraposición particular con las maneras joviales y francas del mancebo.

— ¿ Si tendrá la cabeza ocupada en algun grave negocio ? — discurrió para sí Lorenzo.

Y luégo dijo :

— Tenga usted muy buenos días, señor Cura. Vengo á saber á qué hora le parece á usted que nos veamos en la iglesia.

— Sin duda querrás decir qué día.

— ¿ Como qué día ? ¿ No se acuerda usted que hoy es el que está señalado ?

— ¿ Hoy ? — replicó D. Abundo, como si fuera la primera

vez que oía hablar del asunto. — Hoy... hoy : pues ten paciencia, porque hoy no puedo.

— ¿ No puede usted hoy ? ¿ Qué ha sucedido ?

— Ante todo, estoy desazonado.

— Lo siento ; pero es tan poco y de tan corto trabajo lo que tiene usted que hacer...

— Luégo nay... hay...

— ¿ Qué es lo que hay, señor Cura ?

— Hay embrollos.

— ¡ Embrollos ! No sé qué embrollos puede haber.

— Fuera preciso estar en mi lugar para saber cuantos entorpecimientos se encuentran en este oficio, cuán tas cuentas hay que dar. Yo soy demasiado blando de corazón ; trato de vencer obstáculos, de facilitarlo todo, de hacer las cosas á gusto de los demas, y luégo para mí son las reconvenções.

— Por amor de Dios, no me tenga usted en ascuas ; dígame usted de una vez lo que hay.

— ¿ Sabes tú cuántas formalidades se necesitan para hacer un casamiento en regla ?

— Algo debo saber de eso, — dijo Lorenzo, empezando á alterarse, — pues tanto me ha quebrado usted la cabeza estos dias pasados ; pero ahora, ¿ no se ha hecho todo lo que habia que hacer ?

— Sí, todo : á tí te lo parece. El tonto soy yo, que para que las gentes no penen he dejado de cumplir con mi obligación ; pero ahora... basta ; sé lo que me digo. Nosotros los pobres curas nos hallamos entre la espada y la pared ; vosotros impacientes... Yo á la verdad te disculpo, pobre muchacho ; pero los superiores... Basta ; no se puede decir todo : nosotros, en fin, somos los que pagamos el pato.

— Pero explíqueme usted qué otra diligencia es la que hay que practicar, y se hará al instante.

— ¿ Sabes tú cuántos son los impedimentos dirimentes ?

— ¿ Qué quiere usted que sepa yo de impedimentos ?

— *Error, conditio, votum, cognatio, crimen, cultus, disparitas, vis, ordo, etc.*



— Usted se está burlando de mí: ¿qué tengo yo que ver con esos latines?

Pues si no sabes las cosas, ten paciencia y confórmate con el parecer de los que las saben.

— En resumidas cuentas...

— Vaya, Lorenzo mio, no te acolores: estoy pronto á hacer... todo lo que esté en mi mano. Quisiera verte contento, pues yo te estimo... ¡ Cuando pienso que estabas tan bien! nada te faltaba; se te ha metido ahora en la cabeza el casarte...

— ¿ Á qué viene esta reconvenccion? — prorumpió Lorenzo entre sorprendido y encolerizado.

— Eso es decir... en fin, ten paciencia.

— En una palabra...

— En una palabra, hijo mio, yo no tengo la culpa. La ley no la he hecho yo. Antes de hacer un casamiento tenemos obligacion de practicar muchas, muchísimas diligencias para asegurarnos de que no hay impedimento alguno.

— Pero por María Santísima, dígame usted: ¿ qué impedimentos son esos?

— Ten paciencia: no son cosas estas que puedan arreglarse así como se quiera en dos palotadas. Creo que no habrá dificultad; pero de todos modos hay averiguaciones, que nosotros forzosamente tenemos que practicar. El texto está claro y terminante: *antequam matrimonium denunciaret...*

— Ya he dicho á usted que yo no entiendo ni quiero entender de latines.

— Ello es preciso que yo te explique...

— Pero ¿ no ha hecho usted ya todas estas averiguaciones?

— No todas, te digo, como hubiera debido hacerlas.

— ¿ Y por qué no las ha hecho usted en tiempo? ¿ por qué me dijo usted que todo estaba acabado? y ahora ¿ por qué me hace aguardar?

— ¿ Ves cómo me echas en cara mi demasiada bondad? Para servirte más aprisa facilité las cosas, pero ahora han ocurrido circunstancias... Yo me entiendo.

— Y por último, ¿ qué quiere usted que haga?

— Que tengas paciencia por algunos dias... En fin, hijo mio, unos dias no es la eternidad... Vaya, ten paciencia.

— ¿ Por cuánto tiempo?

— No vamos mal, — dijo para sí D. Abundo.

Y con modo afectuoso contestó:

— Así como unos quince dias, y en este tiempo indagaré...

— ¡ Quince dias! ¡ ahora sí que estamos bien! Se hizo todo cuanto usted quiso; se señaló el dia; el dia llegó, y ¡ ahora salimos con haber de esperar otros quince! ¡ Quince demonios! — prosiguió dando un golpe sobre la mesa.

Y hubiera continuado con el mismo tono y estilo, á no haberle interrumpido D. Abundo, cogiéndole una mano con cierta amabilidad tímida y oficiosa, y diciendo:

— Vaya, vaya, Lorenzo, no te alteres por Dios: yo trataré, yo veré si en una semana...

— ¿ Y qué le diré yo á Lucía?

— Que ha sido una equivocacion.

— ¿ Y las gentes que dirán?

— Díles á todos que yo he tenido la culpa por servirte demasiado presto. No temas, échame á mí las cargas. ¿ Puedo hacer más?... Ea, ¡ una semana!...

— ¿ Y luégo no habrá más entorpecimientos?

— Cuando yo te lo digo...

— Pues bien, aguardaré una semana; pero cuente usted que pasada esta, no me satisfaré con chanzonetas. Entre tanto, páselo usted bien.

Con esto se marchó manifestando en su despedida más despecho que urbanidad.

Saliendo á la calle y dirigiéndose disgustado á casa de su novia, iba discurrendo en medio del enojo acerca de la pasada conferencia, y le parecia cada vez más extraña. La acogida reservada y fria de D. Abundo, sus palabras incoexas, sus ojos azules que miéntras hablaba volvia de una parte á otra como si temiera que desmintiesen sus dichos, el hacerse de nuevas respecto de un casamiento concertado con



tanta anticipacion y formalidad, y sobre todo el indicar siempre una gran cosa sin decir nada claro; todas estas circunstancias reunidas daban en qué pensar á Lorenzo, y sospechaba que hubiese algun misterio diferente del que indicaba D. Abundo.

Estuvo dudando un momento si volveria atras para hacerle hablar claro, cuando en esta incertidumbre vió á Perpétua que iba á entrar en un huerto, junto á la casa del mismo cura. Dióle una voz cuando iba á abrir la puerta, apretó el paso, la alcanzó, la detuvo en la entrada, y con el objeto de descubrir terreno trabó conversacion con ella.

— Buenos dias, señora Perpétua: esperaba que hoy hubiésemos tenido un rato de diversion...

— Amigo, Dios no ha querido. ¡Pobre Lorenzo!

— Hágame usted un favor. El señor cura me ha ensartado un farrago de razones que no he podido comprender. Explíqueme usted mejor el motivo por qué no puede ó no quiere casarme hoy.

— ¿Te parece á ti que yo sé los secretos de mi amo?

— Bien me lo figuraba yo que habia misterio, — dijo para sí Lorenzo.

Y para descubrirlo continuó:

— Vaya, señora Perpétua, nosotros somos amigos: dígame usted lo que sabe; favorezca usted á un pobre muchacho.

— Lorenzo mio, mala cosa es haber nacido pobre.

— Es verdad, — contestó Lorenzo, confirmándose cada vez más en su sospecha. — Es verdad; pero los curas no deben tratar mal á los pobres.

— Oye, Lorenzo, yo nada puedo decir, porque... en fin, porque nada sé; pero lo que te puedo asegurar es que mi amo no quiere hacerte perjuicio, ni á ti ni á nadie, y no tiene culpa...

— ¿Y quién la tiene? — preguntó Lorenzo como descuidadamente, pero con el oído fijo y el corazon alerta.

— Repito que nada sé... pero puedo hablar en defensa de mi amo, porque me incomoda sobremanera ver que se le

obligue á hacer daño á nadie. ¡Es un bendito! y si peca, peca por demasiada bondad. Es bien cierto que en el mundo hay bribones, prepotentes, hombres sin temor de Dios.

— ¡Bribones! ¡prepotentes! Estos no serán sin duda los superiores, — dijo para sí Lorenzo.

Y ocultando su agitacion que progresivamente se aumentaba, continuó:



Se levantó apresuradamente de la silla

— Vaya, señora Perpétua, dígame usted quién es.

— ¡Ah! tú quisieras sonsacarme, picaruelo, y yo no puedo hablar, porque... En fin, no sé nada, y cuando digo que nada sé, es como si dijera que he jurado callar. Aunque me dieran tormento, nada sacarias. Adios; es tiempo perdido para los dos.

Con esto entró aprisa en el huerto, y cerró la portezuela. Devolióle Lorenzo el saludo, detúvose un poco, para que por el ruido de los pasos no advirtiese el camino que tomaba; pero así que se alejó bastante para que no pudiese oírle ni



verle la buena mujer, apresuró el paso, y en un momento llegó á la puerta de D. Abundo. Entró sin llamar, y se metió á la deshilada en el cuarto donde le habia dejado, y habiéndole hallado allí, se dirigió á él con desembarazo y los ojos encendidos.

— ¡Cómo! — dijo D. Abundo, — ¿qué novedad es esta?

— ¿Quién es el prepotente, — preguntó Lorenzo con el tono de un hombre determinado á saber la verdad; — ¿quién es el prepotente que no quiere que yo me case con Lucía?

— ¿Cómo, cómo? murmuró D. Abundo con el color más blanco que un papel.

Sin embargo, sin dejar de murmurar, se levantó apresuradamente de la silla, dando un salto para tomar la puerta; pero Lorenzo, que se lo figuraba, se arrojó ántes que él, la cerró y metió la llave en el bolsillo.

— Ahora hablará usted, señor Cura. Todos saben mis negocios ménos yo. ¡Voto á... Quiero saberlos yo también. ¿Cómo se llama ese caballero?

— ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! así tengan buen siglo las ánimas de tus difuntos, por caridad mira lo que haces: piensa que...

— Lo que yo pienso es que quiero saberlo al instante.

Diciendo esto puso la mano quizá sin advertirlo sobre el mango del puñal que se le salía del bolsillo.

— ¡Dios me asista! — exclamó D. Abundo con voz flaca.

— Quiero saberlo...

— ¿Quién te ha dicho?...

— Dejémonos de razones; quiero saberlo, y al instante.

— ¿Tú quieres, pues, mi muerte?

— Quiero saber lo que tengo derecho á saber.

— Pero si hablo, muero; ¿y no quieres que me interese mi vida?

— Hable pues...

Pronunció Lorenzo estas dos palabras con tanta energía y tono tan decidido, que D. Abundo perdió enteramente la esperanza de poder desobedecer.

— ¿Me prometes, me juras — dijo entonces — de

no darte por entendido, de no decir jamas á nadie?...

— Lo que prometo es hacer un desatino si usted no me declara inmediatamente quién es ese hombre.

Á esta nueva graciosa insinuacion, D. Abundo, con la cara y los ojos del que tiene en la boca el gatillo del sacamuélas, articuló:

— Don...

— Don... repitió Lorenzo, como para ayudar al paciente á pronunciar el resto, y sin apartar los ojos de los del cura, ni quitar las manos de detras.

— D. Rodrigo, — pronunció D. Abundo aprisa, y de un modo como si quisiese desfigurar el nombre.

— ¡Ah perro! exclamó Lorenzo, rechinando los dientes. — ¡Ah perro! ¿Y cómo? ¿qué le ha dicho á usted para?...

— ¿Cómo? ¿Cómo? — respondió con voz casi airada don Abundo, el cual, despues de tamaño sacrificio, se consideraba como acreedor de Lorenzo. — ¿Cómo? ¡Ya ya! Quisiera que á tí te hubiese sucedido en mi lugar; que en verdad no estarías para fiestas.

Aquí se puso á pintar con los colores más horrorosos el fatal encuentro con los bravos, y sintiéndose en el cuerpo, miéntras hablaba, cierta cólera que el miedo tuvo reprimida hasta entónces y viendo al mismo tiempo que Lorenzo entre ira y confusion estaba inmóvil con la cabeza baja, continuó diciendo:

— ¡Has hecho por cierto una brava accion! ¡Una pasada semejante á un hombre de bien, á tu párroco, en su propia casa, en lugar sagrado! ¡Vaya, que la cosa es de contar! ¿Y luégo para qué? para sacarme de la boca tu desgracia, y la mia, lo que yo te ocultaba por prudencia, para tu bien. Ahora, pues, que lo sabes, quisiera que me dijeras qué es lo que has adelantado. Por amor de Dios, estas no son burlas: no se trata de si hay ó no hay razon; se trata de la fuerza. Y cuando esta mañana te daba yo un buen consejo, al instante alborotarse. Yo miraba por tí, y por mí. Y ahora ¿qué se hace? Abre por lo ménos la puerta, ó dáme la llave.



— He faltado á usted al respeto, — respondió Lorenzo con voz humilde para con D. Abundo, pero que indicaba furor contra su enemigo. — He faltado; pero póngase usted la mano al pecho, y reflexione si en mi lugar...

Diciendo esto, habia ya sacado la llave del bolsillo, é iba á abrir. D. Abundo fué tras él; y miéntras Lorenzo abria, se le acercó, y con rostro serio le dijo:

— Jura al ménos...

— He faltado: disimule usted, — respondió Lorenzo, abriendo la puerta para salir.

— Jura, — replicó D. Abundo agarrándole de un brazo con mano trémula.

— Me he propasado, — añadió Lorenzo, soltándose de él.

Y ausentándose apresuradamente cortó de esta manera la cuestion que, como las de literatura y filosofia, hubiera durado seis siglos por el teson que entrambos se hubieran mantenido en sus trece.

— ¡Perpétua! ¡Perpétua! — gritó D. Abundo despues de haber llamado en vano al jóven fugitivo.

Pero el ama no respondia, y D. Abundo ya no sabia lo que le pasaba.

Ha sucedido más de una vez que personajes de categoría más elevada que la de D. Abundo, hallándose en grandes apuros, y sin saber qué partido tomar, creyeron excelente recurso meterse en la cama con calentura. No tuvo don Abundo que ir á buscar semejante arbitrio, porque él mismo se le vino naturalmente á las manos. El susto del dia anterior, la mala noche, el miedo que le acababa de meter Lorenzo, y el pensar lo que pudiera sucederle en adelante, produjeron su efecto. Aturdido y fatigado, volvió á sentarse en su sillón y empezó á sentir algunos calofríos. Se miraba las uñas, suspiraba, y de cuando en cuando llamaba con voz trémula y rabia á Perpétua. Por fin llegó esta con una gran col debajo del brazo, y tan serena como si nada hubiera pasado. No quiero molestar al lector con los lamentos, las quejas, los

cargos, las defensas; aquello de que « tú sola puedes haber hablado, » y lo que, « yo no he dicho nada, » con los demas dimes y diretes de aquel coloquio. Bastará decir que D. Abundo mandó á Perpétua que atrancase la puerta; que no volviese á salir, y que si alguno llamaba, respondiese que el señor cura se habia metido en la cama con calentura. Subió luégo lentamente la escalera, exclamando á cada tres escaones: « Estoy fresco; » y de véras se metió en la cama, en donde por ahora habremos de dejarle.

Caminaba entre tanto Lorenzo con paso agitado á su casa, sin haber aún resuelto qué partido tomaria; no obstante, tenia vivas ansias de hacer alguna diablura. Los provocadores, los hombres injustos, todos los que hacen daño á los demas, son culpados, no sólo por el mal que cometen, sino tambien por los excesos á que provocan á los ofendidos. Lorenzo era un mozo pacífico, enemigo de verter sangre, un jóven franco, y ajeno de toda alevosia; pero en aquel momento su corazón meditaba un atentado, y su imaginacion estaba ocupada en tramar una traicion. Hubiera querido buscar á D. Rodrigo, agarrarle por el gañote, y... pero se acordaba que su casa era una fortaleza, guardada por bravos interior y exteriormente, que sólo entraban en ella los criados y los amigos de mayor confianza; que á un artesano incógnito no se le admitiria sin mucho exámen, y que él sobre todo sería muy conocido. Pensaba entónces tomar su escopeta, y oculto detras de un vallado aguardar si por casualidad pasaba por allí don Rodrigo solo. Gozándose en esta feroz idea, se figuraba haber llegado el anhelado momento, oír el estampido del arma, y ver á su enemigo caer y revolcarse en su sangre: le echaba una maldicion, y marchaba á ponerse en salvo en la raya del país veneciano. ¿Y Lucia? Á este recuerdo desaparecian los pensamientos criminales, y ocupaban su lugar los buenos principios á que Lorenzo estaba acostumbrado. Se acordó de las últimas palabras de sus padres; se acordó de Dios, de la Virgen y de los santos: se le presentó á la imaginacion el placer que habia



experimentado muchas veces al considerar que no había cometido delitos, y el horror que siempre le había causado la noticia de un asesinato; y se despertó de aquel sueño de sangre con horror y remordimientos, y al mismo tiempo con cierta especie de gozo por no haber hecho más que imaginar semejante crimen. ¡Pero el recuerdo de Lucía qué distintos



Oyó alto ruido de voces confusas.

pensamientos no traía consigo! ¡Tantas esperanzas frustradas! ¡Tantas promesas fallidas! ¡Un porvenir tan halagüeño! ¡Un día tan anhelado! Por otra parte, ¿cómo anunciarle tan dolorosa noticia? Y sobre todo, ¿qué partido adoptaría? ¿Cómo se casaría con ella contra la voluntad y las tramas de aquel poderoso? En medio de estas reflexiones, le pasaba de cuando en cuando por la imaginación, no una

sospecha decidida, sino cierta sombra, que le atormentaba; porque, aunque no dudase de la fidelidad de Lucía, le parecía muy extraño el arrojó de D. Rodrigo. ¿Si tendrá Lucía algun antecedente? ¿Podría aquel malvado haber concebido tan infame designio sin que ella hubiese advertido cosa alguna? ¿Y no decirle nada á él, á su novio?

Sumergido en estos tristes pensamientos, pasó delante de su casa, situada en medio del pueblo, y se dirigió á la de Lucía, que se hallaba á la salida del mismo. Tenía la casilla un pequeño corral delante, cercado con pared que le separaba de la calle. Entró Lorenzo en él, oyó en un cuarto alto ruido de voces confusas, y juzgando que serian vecinas y comadres que irian á dar el parabien á Lucía, no quiso meterse en aquella bulla con tan desagradable noticia en el cuerpo. Una niña que se hallaba en el corral, corrió á él gritando:

— ¡El novio! ¡El novio!

— Calla, Betina, calla, — dijo Lorenzo: — escucha; sube al cuarto, y llamando aparte á Lucía, dile al oído, y sin que nadie lo oiga, que venga á la sala baja, que tengo que hablarla, y que sea al instante.

Subió la niña apresuradamente la escalera, muy ufana por tener un encargo secreto que ejecutar. Lucía iba á salir en aquel momento, muy ataviada por mano de su madre. Las amigas se la disputaban por verla y abrazarla; pero Lucía se negaba con aquella modestia algo rústica de las aldeanas; y aunque bajaba la cabeza y se tapaba desdeñosamente la cara con el brazo, no dejaba de asomar á su rostro una ligera y atractiva sonrisa. Sus nítidos y negros cabellos separados en mitad de la frente, pasaban detrás de la cabeza, formando en ella varios círculos de trenzas, sostenidos por largos alfileres de plata que repartían en rededor á manera de los rayos de las auréolas, como aún en el día usan las aldeanas del Milanesado. Rodeaba su garganta una sarta de granates al ernados con cuentecillas de oro afilegranadas, y ceñía á suelto talle un juboncillo de brocado con flores, y las mangas abiertas, y atadas con hermosas lazadas. La falda era de



seda con espesos y menudos pliegues; las medias de color rosa, y las chinelas de seda bordadas. Además de este adorno, que era el del día de la boda, tenía la joven el de todos los días, que era el de su modesta hermosura, á que daban mayor realce los afectos que retrataba su rostro, es decir, cierta alegría mezclada con una ruborosa turbación, con una plácida inquietud, que, sin alterar la belleza de una novia, le presta un carácter particular que interesa. Betina se metió en el grupo de las mujeres, se acercó á Lucía, y dándole á



Betina se metió en el grupo.

entender diestramente que tenía alguna cosa que comunicarle, le dijo su palabrita al oído.

— Voy, y vuelvo al momento, — dijo Lucía á las mujeres.

Y bajó aprisa la escalera. Al ver la cara inmutada y el aspecto inquieto de Lorenzo :

— ¿Qué hay de nuevo? — le preguntó, no sin cierto triste presentimiento.

— Querida Lucía, — respondió Lorenzo, — lo que es peor; hoy todo se lo llevó Barrabas ; ¡ y quién sabe cuándo podremos casarnos !

— ¿Cómo? — dijo Lucía asustada.

Contóle Lorenzo en pocas palabras lo que había sucedido aquella mañana. Escuchábase Lucía muy angustiada, y cuando oyó el nombre de Rodrigo :

— ¡ Ah ! — exclamó, poniéndose colorada y trémula : — ¿es posible? ¡ hasta este extremo !

— ¿ Luego tú sabías... ? — preguntó Lorenzo.

— Demasiado, — respondió Lucía ; — pero ¿quién creyera?...

— Y qué es lo que sabías ?

— No seas impaciente, ni excites mi llanto ; pero deja que llame á mi madre, y despida á esas gentes, pues conviene que estemos solos.

Al irse Lucía, dijo Lorenzo como á media voz :

— ¡ Nunca me has hablado palabra de esto !

— ¡ Ah, Lorenzo ! — respondió Lucía, volviéndose sin pararse.

Comprendió Lorenzo muy bien que su nombre pronunciado en aquel momento y con aquel tono, era lo mismo que decir, que no debía dudar de que había tenido los motivos más puros y justos para callar.

Entre tanto, la buena de Ines (que así se llamaba la madre de Lucía), entrando en sospecha y curiosidad por aquella palabrita al oído, y por haber visto ausentarse á su hija, bajó á saber qué novedad había ocurrido. Lucía la dejó con Lorenzo, volvió donde estaban sus amigas y vecinas, y disimulando lo mejor que pudo la alteración de su ánimo dijo :

— El señor Cura está malo, y hoy nada se hace.

Con esto las saludó á todas apresuradamente y volvió á bajar.

Desfiláron entonces las mujeres, y todas corrieron á divulgar lo que había sucedido, y muchas á averiguar si efectivamente estaba enfermo D. Abundo ; mas la verdad del hecho cortó todas las conjeturas, indicándolas desde luego con medias palabras y expresiones misteriosas.